

SAN SALVADOR (1880-1930): LA LENTA CONSOLIDACION DE LA CAPITAL SALVADOREÑA

Sonia Baires
Mario Lungo (*)

Introduccion

Al inicio partimos de una idea: Hacer un análisis histórico del uso y la renta de la tierra urbana en el caso de San Salvador. Y planteamos la necesidad de hacer una periodización de las diferentes fases del proceso a estudiar, pero cuidándonos de no establecer o utilizar una periodización que obedeciera a otros objetos de investigación o a otros criterios teórico-metodológicos (1).

Así, aunque es claro que el desarrollo urbano en general es decir, tanto el llamado proceso de urbanización como la estructuración interna de las ciudades / obedece a la lógica del desarrollo del capital, y puede servir de contexto para un análisis histórico del uso y la renta de la tierra urbana en el caso de San Salvador, sosteníamos que lo que debía intentarse, aunque sea a título hipotético, era una periodización específica basada en las causas que provocaron la modificación en el uso de la tierra y/o en las transformaciones de las rentas de la tierra urbana en el caso de San Salvador. A partir de lo anterior planteamos las siguientes fases:

A) 1880-1900:

Fase de consolidación de la economía cafetalera,, que incide en los cambios en la utiliza-

ción de la tierra agrícola en los alrededores de la ciudad, lo que provoca modificaciones en la renta agrícola en estas tierras aledañas, así como las modificaciones en la renta de la tierra urbana por el surgimiento de actividades comerciales y bancarias que acompañan al desarrollo de la economía cafetalera.

B) 1901-1945:

Fase de paulatina ampliación de las actividades comerciales y bancarias, y de un lento inicio de la producción manufacturera ubicada principalmente en la capital. El acelerado crecimiento poblacional de la ciudad en el que la migración tiene un importante peso, contribuye a la expansión y diferenciación social del espacio urbano /desarrollo de los barrios de los grupos sociales de mayores ingresos hacia el oeste, surgimiento y extensión del "mesón" (2) como forma de vivienda dominante de los grupos populares/. En esta fase podría hablarse de las modificaciones en la renta de la tierra urbana y los inicios de estructuración de un "mercado de tierra urbana", y de cambios en la función de la capital en torno a la reproducción de la fuerza de trabajo.

C) 1946-1964:

Aunque en estos años el crecimiento de la

(*) Sociólogos de la Universidad de El Salvador.

actividad económica urbana se acelera /acompañada de una serie de políticas estatales de dotación de infraestructura física y apoyo a la industria /, esto no basta para comprender como los cambios ocurridos en el uso y la renta de la tierra urbana en este período configuran una nueva fase. Es necesario vincular el desarrollo urbano en general, y el de San Salvador en particular, a los cambios ocurridos en la agricultura. En efecto, a partir de la década de los 40, el proceso de diversificación agrícola /fundamentalmente ampliación del cultivo de algodón/ estarán en la base del proceso migratorio de una masa superpoblacional que no es ajena al surgimiento de los primeros grandes asentamientos ilegales y tugurios en San Salvador: “La Fortaleza” en 1948, colonia “Quiñónez” en 1956, colonia “Morazán” en 1957, fenómeno que debe estudiarse a la luz de su papel en la reproducción de la fuerza de trabajo en particular, de la superpoblación urbana en general, y de las modificaciones de la renta de la tierra urbana en sus diferentes formas.

D) 1965-1979:

Fase de acelerada expansión de la ciudad debido tanto al crecimiento industrial, al auge del sector construcción, y a la rápida expansión de las colonias ilegales y tugurios, expresión estos últimos del importante crecimiento poblacional de los últimos años.

Posteriormente nuestra inquietud se trasladó al análisis de un fenómeno más específico: el surgimiento y desarrollo de los “mesones”, en las primeras décadas de este siglo, como expresión de una época de la historia urbana de San Salvador.

Pero este fenómeno, de singular importancia para la configuración actual de la capital salvadoreña (3), no nos interesaba desde el punto de vista de la transformación del espacio urbano en sí. Nos interesaba su papel en la reproducción de la incipiente fuerza de trabajo que por esos años se comienza a constituir en la capital, su función en la aglomeración de los núcleos familiares base del trabajo doméstico que anteceden necesariamente, en un proceso de urbanización capitalista a la constitución de la fuerza de trabajo urbana (4), y su rol como mecanismo privilegiado de concentración de la riqueza mediante la extracción de una parte significativa de los intereses de los grupos familiares que habitan este tipo de vivienda /recordemos que

su alquiler es la forma que asume en este caso particular la renta de la tierra urbana/.

Decidimos partir entonces de precisar cuales son sus funciones actuales, en su forma más desarrollada (5), lo que posibilitaría un correcto análisis de las causas y condiciones de su surgimiento y desarrollo explosivo posterior, descubriendo cuales eran sus funciones originales y las transformaciones —y sus causas— que éstas han sufrido, haciendo énfasis en los aspectos poblacionales.

Pero la restricción al análisis de este fenómeno específico nos obliga a reinsertarlo en un contexto mayor si queremos lograr una visión totalizante que impida caer en la simple descripción anecdótica sin valor explicativo alguno. Por eso hemos vuelto a la idea original para, apoyándonos en la periodización planteada hacer un esbozo de las dos primeras fases que constituyen el contexto en que surgen y se desarrollan los mesones en San Salvador. Tal es el objetivo de las siguientes páginas.

El Salvador era desde la colonia el país más densamente poblado de Centroamérica y a esto atribuían muchos observadores su alto grado de prosperidad (6). En efecto, John Baily (7) escribía a mediados del siglo:

“...este es el más densamente poblado de todos los Estados, en proporción a su extensión: tiene 4 ciudades, 6 pueblos principales, otros 142 y 62 aldeas, situadas de tal manera que la población está distribuida en todas partes con una apreciable igualdad”.

El poblamiento del territorio asume así características particulares que se traducirán en su ocupación total a inicios del siglo XX (8). Baily sostenía ya en 1850 que:

“...hay muy poca tierra sin apropiar, siendo casi toda la propiedad individual, dividida en arriba de 400 posesiones de diferente extensión, algunas de ellas muy grandes”.

Esto no era totalmente cierto; aunque efectivamente existía muy poca tierra sin apropiar a mediados del siglo XIX, mucha de ella era propiedad comunal y ejidal, tal como lo prueba su eliminación posterior, y esto tendrá una fuerte incidencia en la estructura territorial y poblacional existente a

principios del siglo XX. En 1918 según Munro (9):

“La casi totalidad de su superficie... es apropiada para el cultivo y hay muy pocas partes de ésta que no están habitadas por una densa población”.

La población salvadoreña en el siglo XIX ha sido estudiada por Barón Castro (10) quien a partir de censos y estimaciones oficiales o personales, presenta el siguiente cuadro:

POBLACION DE EL SALVADOR DE 1821 a 1899

1821	250.000	(estimación del autor)
1855	394.000	(estimación de Squier)
1878	554.785	(censo)
1882	612.943	(censo)
1887	664.513	(estimación de Reyes)
1892	703.800	(estimación de Barberena)
1899	758.945	(estimación oficial)

Squier (11) da, para 1855, la población del país por las divisiones territoriales de la época:

POBLACION DE EL SALVADOR POR DEPARTAMENTOS EN 1855

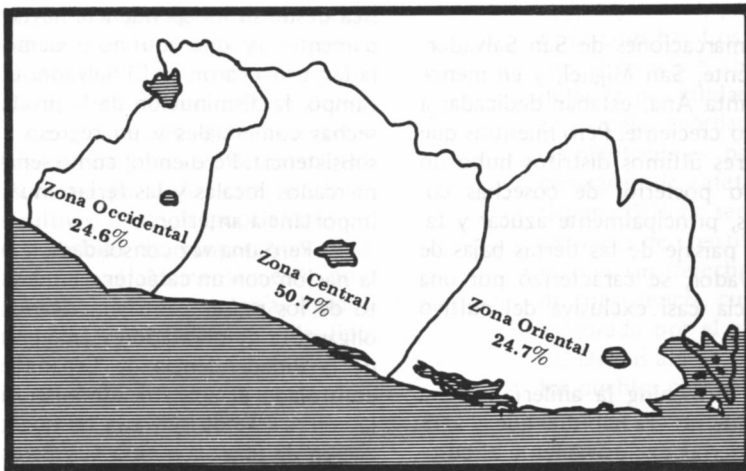
Cuscatlán	75.000
Sonsonate	75.000
San Salvador	80.000
San Miguel	80.000
La Paz	28.000
San Vicente	56.000
Total	394.000

Lo que revela, dadas las características geográficas del país, una extraordinaria igualdad en la repartición territorial de la población.

El censo de 1878, que según Barón Castro es de mucha validez, da la siguiente proporción poblacional para cada una de las zonas del país:

zona occidental.....	24.6 %
zona central.....	50.7 %
zona oriental.....	24.7 %
	100.0 %

Si lo que representa un equilibrio extraordinario, tal como se puede observar en el mapa del libro de Barón Castro que se reproduce a continuación:



Distribución proporcional de los habitantes de El Salvador, por zonas en 1878

Para 1882 la densidad poblacional era ya de 27.9 habitantes por kilómetro cuadrado.

En 1892 se hizo otro censo pero es en general considerado de poca validez.

Entre 1821 y 1899 la población de El Salvador se triplicó sin que hubiese existido ningún proceso migratorio hacia el país, a la vez que se mantuvo una relativa homogeneidad en la ocupación territorial, sin una aglomeración de los núcleos urbanos principales (caso de la meseta central en Costa Rica o del corredor del pacífico en Nicaragua), y sin una excesiva concentración poblacional en una o pocas ciudades, tal como lo muestran los datos de 1905 para los 5 principales núcleos urbanos:

Santa Ana.....	50.854
San Salvador.....	50.304
San Miguel.....	25.462
San Vicente.....	21.048
Chalchuapa.....	20.856

En los que puede observarse como incluso la capital, San Salvador ocupaba la segunda posición al iniciarse el siglo.

Trataremos ahora de iniciar una explicación de los procesos antes descritos.

Al final de la colonia /1821/ la economía salvadoreña giraba alrededor de 2 ejes: la producción de subsistencia y la producción del añil para la exportación. Este cultivo, que se extendía prácticamente por todo el país (12), se producía mejor sin embargo en las laderas y valles de las tierras altas centrales. Según Browning (13):

“Las demarcaciones de San Salvador, San Vicente, San Miguel, y en menor grado Santa Ana, estaban dedicadas a su cultivo creciente. Pero mientras que en los tres últimos distritos hubo un desarrollo posterior de cosechas comerciales, principalmente azúcar y tabaco, el paisaje de las tierras bajas de San Salvador, se caracterizó por una preferencia casi exclusiva del cultivo del añil”.

Como explica Browning la añilería no era una plantación, ya que no era habitual que el agricultor dedicara sus tierras exclusivamente al cultivo del añil. Por lo general, solo una parte de su propiedad se dedicaba a ello y el resto era bosque, pastos sin cercar o parcelas de milpa que trabaja-

ban aparceros colonos o agricultores arrendatarios. La exigencia de gran cantidad de trabajadores que residieran permanentemente en las haciendas añileras explica en buena parte la permanencia del carácter bastante uniforme del poblamiento territorial heredado desde los inicios de la colonia.

El cultivo del añil despojó de sus tierras a los pueblos de indios, y salvo las tierras altas —que deberán esperar la expansión del café en las tres últimas décadas del siglo XIX para cambiar su carácter— la ocupación del territorio se caracterizó por una serie de poblaciones dispersas de trabajadores adscritos a las haciendas privadas o cultivadores de artículos de subsistencia migratorios que dependían temporalmente de ellas.

Pero esta ocupación —y especialización— territorial, debe analizarse bajo la perspectiva de la división social del trabajo, superando el análisis que se limita al estudio de los efectos territoriales de la división técnica del trabajo. Así, el predominio de determinadas relaciones sociales de producción y el grado de desarrollo de las fuerzas productivas nos permiten decir que estamos, a inicios del siglo XIX, con un espacio económico con muy poca diferenciación regional y escaso desarrollo de las relaciones mercantiles.

Sólo la necesaria concentración de las actividades comerciales y administrativas explican la necesidad de la concentración de cierta población en los nacientes núcleos urbanos, pero estos, dado el carácter de la economía colonial, ni se concentran en una sola región, ni se constituyen como grandes núcleos poblacionales.

La anarquía política que recorre Centroamérica desde su independencia hasta 1850 aproximadamente /y que aquí no podemos más que señalarla/, provocaron en El Salvador una emigración al campo, la disminución de la producción de las cosechas comerciales y un regreso a los cultivos de subsistencia. Perdiendo, como señala Browning, los mercados locales y las ferias anuales mucho de su importancia anterior.

Pero una vez consolidada la paz y establecida la nación con un carácter de independiente del resto de los países centroamericanos, los ojos de la oligarquía de plantadores y comerciantes, que desde la independencia de España en 1821 habían controlado el aparato administrativo heredado de la colonia, se dirigen a la búsqueda de la reorganización de una economía cuyos recursos más valiosos eran su tierra y su densa y convenientemente distribuida población.

Se trata entonces de organizar dentro de pro-

piedades privadas la producción de cosechas de valor comercial, empleando trabajadores asalariados y subordinado totalmente las necesidades de los agricultores de subsistencia.

Esto encontraba obstáculos: primero, la dependencia tradicional en un cultivo que presentaba pocas perspectivas: el añil; segundo, un sistema anacrónico —a las necesidades de establecer nuevas relaciones sociales— de propiedad, tenencia y uso de la tierra.

La introducción masiva del café a partir de la segunda mitad del siglo XIX soluciona la primera contradicción; los decretos de extinción de las tierras comunales y ejidales en 1881 y 1882 solucionan la segunda.

Pero los efectos de estos cambios en el territorio y la población producen cambios cualitativos de gran envergadura.

Desde la colonia, y hasta mediados del siglo XIX, la lenta expansión de la economía añilera permitió el desarrollo paralelo de los cultivos de subsistencia que permanecían en su mayoría dentro de la estructura indígena de las tierras ejidales y comunales.

La introducción del cultivo del café, al contrario, produjo una demanda inmediata de tierras parcialmente las altas de los valles centrales, y generó una serie de contradicciones con el régimen existente de tenencia y uso de la tierra, ya que alrededor de 1880, aproximadamente el 25 % de la superficie total del país correspondía a tierras ejidales y comunales (14).

Browning muestra como las comunidades indígenas, propietarias de estas tierras, hicieron considerables esfuerzos para adaptarse a las nuevas condiciones impuestas por el café, pero la legislación y los mecanismos crediticios y de comercialización que a partir de 1860 dieron enorme impulso a este cultivo estaban diseñados para favorecer a unos pocos grandes plantadores que detentaban el poder político. Por otra parte, las características de la técnica de cultivo, dadas la poca extensión del territorio, y el período de recuperación de la inversión no favorecían evidentemente a estos grupos sociales que estaban en su mayoría, ligados casi solo indirectamente por relaciones de tipo mercantil.

Los cambios en el paisaje del país por la rápida expansión de este cultivo y la construcción de carreteras, ferrocarriles y puertos, necesarios para la exportación de este producto, fueron tan drásticos que llevaron a Browning a calificar a El Salvador de esta época como un “jardín extenso y bien

cuidado”.

Pero este cambio sólo fue posible mediante una drástica transformación de la estructura agraria del país /que constituye un ejemplo único de una reforma agraria totalmente lograda en función de los objetivos que perseguía/. Los decretos de 1881 y 1882 que abolían la propiedad comunal y ejidal son los pilares básicos de esta reforma agraria, y sus alcances van más allá de la modificación en el uso, tenencia y propiedad de la tierra. El cultivo del café, en efecto, exigía además de la tierra una determinada fuerza de trabajo. Cardoso señala al respecto lo siguiente:

“La estructura de la producción añilera (predominio de pequeños productores) (hacia que), las demandas de mano de obra para las plantaciones más importantes se satisfacían con métodos coloniales, a través de la exigencia de trabajo en las comunidades ladinas:

.....

La población estaba concentrada en las tierras altas y volcánicas del centro del país, propicias al café... Sin embargo, la mayoría de los habitantes pertenecían a comunidades ladinas propietarias de ejidos y tierras comunales, lo que limitaba mucho la oferta de mano de obra. Esto no causó demasiados problemas para el cultivo del añil, pero las exigencias del café eran al respecto muy superiores, principalmente durante la cosecha. Los cafetaleros intentaron al principio atraer a colonos, dándoles la posibilidad de cultivar milpas en parcelas acordadas en el interior de las plantaciones, pero con la extensión constante de cafetales permanentes el sistema dejó de ser adecuado, trataron entonces de constituir aldeas de trabajadores sin derecho a plantar cultivos de subsistencia, cuya alimentación era asegurada por el propietario de la finca. Dichas aldeas eran muy distintas de los pueblos comunitarios ladinos, al no tener un sistema propio de administración y estar a la merced del finquero o sus capataces. Este sistema cobró vigor al hacerse sentir el efecto de las reformas de los años 1880, que lanzaron

miles y miles de campesinos desposeídos en el mercado de trabajo”

Con más precisión, se asiste al surgimiento consolidación y rápida expansión de relaciones capitalistas de producción que provocaron profundas transformaciones en la sociedad salvadoreña. Ellas van desde la conformación definida de una estructura de clases, pasa por la constitución del Estado Nacional y llegan hasta el inicio de una diferenciación regional de cierta profundidad.

No podemos en este trabajo detenernos en estos múltiples aspectos; recordemos que el objetivo de estas líneas es esbozar el contexto histórico que permita analizar la lenta consolidación de la capital salvadoreña entre 1880 y 1930 para poder ubicar dentro de ella el problema específico del surgimiento y desarrollo de los mesones en la capital en las primeras décadas de este siglo.

Examinemos algunos datos que nos permiten hablar del inicio de una *diferenciación regional*.

La expansión del café condujo a una mejora y una reorientación del sistema de transportes del país. La construcción de carreteras, las redes ferroviarias /a partir de 1878 por inversionistas ingleses (15) /, y de los puertos, obedecieron claramente a las necesidades de exportación de este producto.

Las características de las tierras propicias para el cultivo del café produjeron también tres zonas bien diferenciadas: la zona del norte y la zona costera que se convirtieron —más la segunda que la primera— en el refugio para los cultivos de subsistencia, y la zona de la faja central del país dominada por este cultivo.

Es de sostener que la población, que durante el último cuarto del siglo XIX experimentó un rápido crecimiento demográfico, (de 54.785 h. en 1878 a 758.945 h. de 1899) se desplazó hacia las zonas norte y costera, aunque dadas la poca extensión del país y la facilidad de comunicaciones existentes, esto no se tradujo en una modificación sensible de la repartición territorial de la población que era, como lo señalábamos antes, más o menos equilibrada.

Esto se comprueba cuando se examina el crecimiento de los principales núcleos urbanos durante el siglo XIX.

San Salvador, la capital, tenía en 1821 unos 15.000 habitantes según Barón Castro. En 1852, según la apreciación de Squier (16) había subido a 25.000 habitantes, excluyendo los pequeños pueblos de los alrededores, con los cuales según el

mismo Squier se podría incrementar a unos 30.000. Reyes hizo un cálculo para 1887 de 30.000 y Barberena, en 1892, atribuye también 30.000 habitantes a la capital.

Esto significa que a lo largo del período entre 1821 y finales del siglo, San Salvador sólo logró duplicar su población, mientras que durante ese mismo período la población total del país se había triplicado, pasando de 250.000 habitantes en 1821 a 758.945 habitantes en 1899.

De las otras ciudades importantes, Santa Ana, que en 1821 contaba con unos 13.000 habitantes, sube a 17.150 en 1855 según cálculo de López. Laferriere estimó en 1874 que tenía 25.000 habitantes, y Barberena calcula, en 1892, 33.000 habitantes, resultando así mayor que la capital y la primera concentración urbana del país.

Este fenómeno es atribuido al hecho de encontrarse situada en el centro de la zona cafetalera de mayor riqueza y más rápida expansión.

Pero el desarrollo regional y urbano, que como decíamos antes no debe analizarse sólo bajo la perspectiva de los efectos territoriales de la división técnica del trabajo, sino bajo la óptica de la división social del trabajo, muestra ya los inicios de una clara diferenciación, y podemos encontrar:

- Las regiones en que predominan aún las formas de producción no-capitalistas, dedicadas principalmente a los cultivos de sub-sistencia (franjas norte y costera).
- La región cafetalera (franja central) en las que domina la producción capitalista pero coexistiendo con formas de producción no-capitalista, y en cuyo interior se desarrollan los principales núcleos urbanos.

Evidentemente, dadas las características geográficas del país, esta diferenciación no corresponde a segmentaciones territoriales definidas, sino que expresa tendencias, pero que son de fundamental importancia porque serán la base material de las contradicciones entre el capital y el trabajo en sus diferentes formas, y nos permite un análisis más correcto de los movimientos poblacionales y una ubicación más precisa de problemas específicos como el que nos ocupa.

Llegamos así al umbral del siglo XX. Encontramos ya una economía capitalista consolidada que se apoya fundamentalmente en un cultivo de exportación: el café. Una sociedad con una definida estructura de clases. Un estado nacional ya conformado. En lo sucesivo / aún hasta nuestros

días /, la acumulación de capital descansará en la producción cafetalera para exportación y se basará fundamentalmente en la extracción de plusvalía absoluta.

La diferenciación regional, provocada por la drástica transformación de las relaciones sociales en el campo, también se manifestará en el nivel específicamente urbano. Los principales núcleos urbanos de las zonas cafetaleras ampliarán sus funciones comerciales y administrativas con el desarrollo del sistema bancario, y del aparato control del Estado y la expansión de las vías de comunicación y las redes de transporte.

Dos ciudades, San Salvador —la capital— y Santa Ana en el occidente del país y en medio de la más rica zona cafetalera conocerán profundas transformaciones en su estructura interna. Y dentro de ella, se conocerán nuevos fenómenos, como el surgimiento de un nuevo tipo de unidad habitacional: los *mesones*, el problema específico que nos ocupa.

Pero veamos antes los movimientos poblacionales al nivel de todo el país.

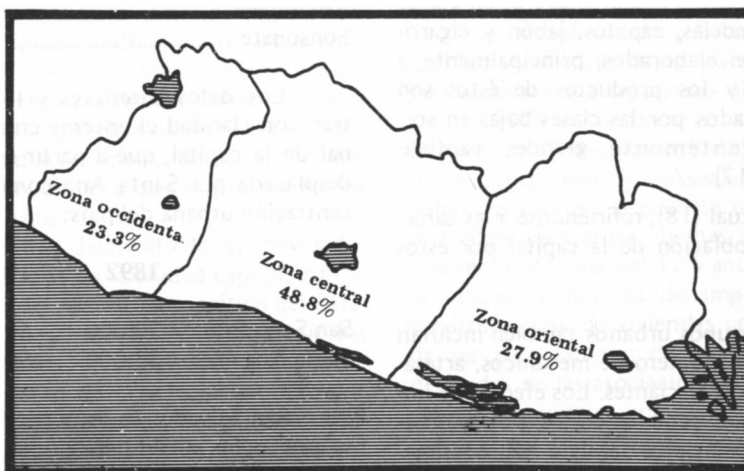
A partir de los resultados del Censo de 1930, Barón Castro corrige apreciaciones anteriores erróneas según su opinión, y establece la poblacional del país entre 1900 y 1930 así:

1900.....	783.433
1905.....	883.100
1910.....	986.537
1915.....	1.099.764
1920.....	1.178.665
1925.....	1.311.877
1930.....	1.459.594

En términos de la distribución territorial, la población se presentaba así:

Zona occidental.....	23.3 %
Zona central.....	48.8 %
Zona oriental.....	27.9 %
	100.0 %

proporciones muy cercanas a las de 1878 que eran respectivamente 24.6%, 50.7% y 24.7% lo que además del relativo equilibrio (ver Mapa siguiente), muestra que las profundas transformaciones en la estructura socio-económica sufridas por la formación social salvadoreña entre 1880 y 1930, además de la diferenciación regional que éstas provocaron, se dieron sin que ocurriera un desplazamiento geográfico sensible de la población, y sin su concentración excesiva en los núcleos urbanos existentes.



Distribución proporcional de los habitantes de El Salvador por zonas, en 1930

Veamos como se fue modificando el uso de la tierra en los alrededores de la capital. El paisaje suburbano de la capital comienza a modificarse desde mediados de la década de 1850. Browning recoge opiniones de diversos autores que se preocupaban en la época por el desmonte de la tierra en los alrededores de San Salvador, dedicadas anteriormente algunas de ellas al añil y a los cultivos de subsistencia. Cuando este proceso se acelera en el último cuarto del siglo XIX, es evidente que estas modificaciones contribuyen en buena medida a un acentuado proceso de concentración de la riqueza.

Al iniciarse el siglo XX los alrededores de San Salvador están ya en buena medida dedicados al cultivo del café y en muy pocas manos. Estas modificaciones en el uso de la tierra implican modificaciones en el grado y la forma de la renta, y esto (agregado al crecimiento poblacional que veremos más adelante) tiene que haber impactado la estructura interna y el uso del suelo urbano en el interior de la ciudad capital. No contamos con información al respecto, pero algunos datos que exponemos a continuación podrían dar indicios para hipótesis futuras.

Escuchemos la opinión de un extranjero que visitó la ciudad durante los primeros años del siglo:

“En las ciudades, y especialmente en la capital, la manufactura y el comercio en pequeña escala —son muy activos... Hay un gran número de pequeños establecimientos manufactureros en donde las candelas, zapatos, jabón y cigarrillos son elaborados, principalmente, a mano y los productos de éstos son comprados por las clases bajas en sorprendentemente grandes cantidades” (17).

Un actor actual (18), refiriéndose a las características de la población de la capital por estos años afirma:

“Los grupos urbanos también incluían un gran número de mecánicos, artesanos y comerciantes. Los efectos de importantes cambios en los grupos urbanos a principios del siglo XX se reflejaron en el crecimiento de las asociaciones de trabajadores”.

Y hablando específicamente de las clases dominantes dice:

“Otro índice del cambio entre las élites fue su movimiento hacia la capital, reflejándose en los valores calculados en las propiedades urbanas declaradas. En 1922 habían 61 casas aseguradas por ₡ 20.000 (\$10.000) o más, mientras que en 1930 habían cerca de 180. Además los edificios comerciales de San Salvador —hoteles, almacenes, bodegas— eran propiedad de estas mismas familias, cuya riqueza era, por primera vez en la historia, invertida en la propiedad urbana”.

Bajo estas apreciaciones subyace un *importante cambio en el número y la estructura de la población de la capital*. Tratemos de examinar este punto. Tal como afirma Barón Castro, no se levantaron censos complejos hasta 1930, y específicamente en San Salvador hasta 1929, fecha en que se hizo un ensayo en este municipio como paso previo al censo general que se haría en el país el año siguiente. Este censo es de singular importancia para el problema que nos ocupa y lo examinaremos con detalle a continuación. Pero veamos antes *la estimación de la población de las principales ciudades* del país que hace Barón Castro a partir del censo de 1930:

San Salvador	89.281
San Ana	41.210
Santa Tecla	20.938
San Miguel	17.569
Sonsonate	15.737

Los datos anteriores y los siguientes muestran con claridad el enorme crecimiento poblacional de la capital, que a partir de 1892 había sido desplazada por Santa Ana como la principal concentración urbana del país:

	1892	1905	1930
San Salvador	30.000	50.304	89.281
Santa Ana	33.000	50.854	41.210

San Salvador va así a triplicar prácticamente su población en un período de 40 años, mientras que a todo lo largo del siglo XIX solo había logrado duplicarla, alejándose además sensiblemente del resto de ciudades del país.

Se observaba además el rápido surgimiento de una nueva concentración urbana; Santa Tecla,

que se había fundado en 1854 con el fin de trasladar allí la capital del país, sometida a incesantes terremotos (1831, 1839, 1854, 1873, 1917...), y prácticamente destruída en 1954. Esta ciudad llamada también Nueva San Salvador, y situada a solo 12 kilómetros de la capital, se encuentra también en el centro de una rica zona cafetalera, y es esto lo que explica su rápida expansión.

¿Cómo se ha modificado la estructura de la población de la capital en estos años? El análisis del censo de 1929 nos ayudará a responder a esta interrogante.

Según él, la población de la ciudad era —al 15 de octubre de ese año— de 88.508 habitantes, lo que constituía el 92.5% del total de la población del municipio del mismo nombre que era en total de 95.692, de estos 88.508, 41.866 eran hombres y 46.648 eran mujeres. El censo muestra los siguientes datos respecto a la cantidad, tipo de vivienda y densidad habitacional:

número de familias	13.862
número de personas por familia	6.38
número de casas.....	6.213
número de mesones526
número de familias por casa.....	2.06
número de personas por casa	13.14

El promedio de familias por casa (2.06) y de personas por casa (13.14), están indicando con claridad la alta densidad habitacional de la época, lo que muestra la escasez de viviendas en la ciudad de San Salvador por estos años, y nos permite fundamentar nuestras hipótesis (19) sobre el surgimiento y función del “mesón” como solución habitacional, y su papel en la concentración de la riqueza dadas las altas rentas que ellos producen. El mismo censo afirma, aunque no aporta datos, su incidencia en la elevación drástica de los precios de los alquileres en la ciudad.

El surgimiento y desarrollo de las actividades financieras y bancarias en la ciudad capital, así como la ampliación del aparato burocrático del Estado permiten como afirma E. A. Wilson que los valores incrementados en El Salvador a finales de los años 20 resultarán de la apreciación del valor de la propiedad urbana con el traslado de capital del campo a la ciudad, de los efectos inflacionarios de los créditos extendidos y del incremento de precios de las importaciones. Así, con el rápido crecimiento poblacional experimentado por San Salvador y el déficit habitacional existente, la renta de la tierra urbana —traducida en alquileres— se incre-

mentó notablemente funcionando como un mecanismo de concentración de riqueza que iba en detrimento de las clases trabajadoras. Veamos esto más detenidamente.

El Diario del Pueblo, (20) demandaba en 1929 que: “ser dueño de una casa de alquiler para gente de la clase trabajadora es una de las mejores inversiones, mejor que poseer fincas y haciendas, especialmente porque estas últimas requieren una inversión y esfuerzo considerable antes de dar cualquier ganancia...”

Esto tenía como consecuencia que las condiciones de vida de los trabajadores urbanos fueran deplorables, ya que como el periódico *Patria* (21) denunciaba: “ninguna casa habitable en la ciudad era rentada por menos de ₡ 50.00 (\$25) al mes, cuando unos pocos trabajadores ganaban más de ₡ 100.00”.

Este problema de la vivienda se veía complicado también por la inflación, la mora en los pagos de salarios y la inexistencia de legislación que regulara precios de alquileres.

Este fenómeno además no es exclusivo del precio de alquiler de la vivienda. Everett Alan Wilson (22) afirma que:

“Los índices de los precios de los alimentos básicos indicaban que entre 1922 y 1926 el precio del maíz aumentó el 100%, el arroz aumentó el 300%, y los frijoles el 225%.

La falta de acción gubernamental respecto al problema concreto de la vivienda provocó en la población urbana reacciones diversas: en septiembre de 1928 comienza una campaña periodística en favor de la vivienda pública; en el mismo año la Joven Centro América (Asociación de estudiantes) publica guías para la política nacional de vivienda que advocaban entre algunas de sus medidas por una renta máxima del 12% anual sobre el valor de la unidad, extención de impuestos para nuevas construcciones de viviendas con la especificación de ser para familias de modestos ingresos, etc.; delegados de las asociaciones de trabajadores de la capital sostuvieron una convención conjunta para preparar un proyecto de ley de inquilinato a ser presentado a la Asamblea Nacional (23), aunque no tuvieron ningún resultado concreto.

Durante las administraciones represivas de Quiñónez Molina y Carlos y Jorge Meléndez (1913-1927) no se realizaron ningún tipo de refor-

mas en beneficio de los trabajadores; fue hasta los primeros años de la administración de Pío Romero Bosque (1927-1931) —cuando los empleados burocráticos y comerciales cobran impulso y tratan de promover la educación y la reforma agraria para los campesinos y alojamiento y legislación laboral para los grupos urbanos—, que se realizan algunas acciones tales como pago puntual de salarios, suspensión del ahorro forzado, libertad de prensa, etc.

El periódico *PATRIA* (24) cuestionaba al respecto:

“¿Cómo puede uno hablar de cambios en San Salvador cuando el costo de propiedad muestra tendencias de elevarse aún más?

¿Cuándo los materiales de construcción deberán provenir de Coolidge, las hormigas destruyen una casa en 16 años, y el pobre de espíritu, que posee casas y tierras, va a Europa a tirar \$40.000 anuales más pérdidas de juegos en los casinos y compra un carro cada 6 meses? ”.

Y el *Diario del pueblo* (25) concluyó que “con el grado de desarrollo de la civilización, alimentos, vivienda y vestuario alcanzan precios prohibitivos, y todas las formas de empleo un descenso proporcional de valor”.

Vemos por tanto que ante el grave problema de la vivienda en la ciudad por un lado y la estructura económica y de clases que concentra grandes riquezas en pocas manos por el otro, es casi seguro (faltaría probarlo con los datos) que el surgimiento del mesón responde perfectamente como mecanismo que facilita la concentración de fuerza de trabajo en la ciudad, y asegura una disminución del costo de su reproducción.

La revista *Helios* (26) decía: “San Salvador es una ciudad esplendorosa en su centro, mientras los mesones en la periferia muestran que San Salvador es una ciudad triste”. Esto evidencia la existencia de mesones en las zonas periféricas, y podríamos asegurar que también en el centro de la ciudad, ya que se da por estos años (década de los 20) una relocalización de las clases dominantes que pasan a vivir al poniente de la ciudad, a las colonias residenciales dejando sus casas para alquilar; éstas son las que se convierten como “mesones” en albergue de las masas trabajadoras.

El censo de 1929 da otros datos de gran

importancia, basándose en los datos del Registro Civil entre 1899 y 1928, encuentra que la población de 0 a 30 años de edad constituye el 71.622 % del total en el Municipio de San Salvador.

Población total	Población de 0 a 30 años	Porcentaje
95.692	68.537	71.62 %

y que de esta población joven, la mayoría son migrantes de otros Municipios del país:

Población de 0 a 30 años	Originaria del Municipio	Domiciliada en el Municipio
68.537	19.667	48.870
100.0 %	28.70 %	71.30 %

lo que hace que el 51.07% de la población total del Municipio sea población domiciliada en él y no originaria del mismo.

Estos datos revelan una fuerte corriente migratoria hacia la ciudad capital en el transcurso de los primeros treinta años de este siglo, procedente en su mayor parte de los demás departamentos de la república ya que el porcentaje de extranjeros entre los 48.870 nuevos domiciliados sólo es del 1.5%.

Esto explica el fuerte incremento de la población de la capital que como habíamos visto anteriormente triplica su número de habitantes en el transcurso de 37 años, entre 1892 y 1929.

Lamentablemente el censo no aporta información alguna sobre el carácter —ni las causas— de este flujo migratorio hacia la capital, indicándose en la publicación que desgraciadamente la información recogida sobre la estructura ocupacional no pudo ser tabulada.

Trataremos al final de esta investigación plantear algunas hipótesis preliminares al respecto, limitándonos por el momento a indicar como Everett Alan Wilson (27) señala también la existencia de este flujo migratorio y sus consecuencias sociales:

“Los trabajadores también se quejaban de la disminución del ingreso como una consecuencia de la competencia de los trabajadores rurales que migraban a las ciudades”.

El censo da por último otros datos interesantes. Del total de 95.692 habitantes del Municipio,

4.698 fueron censados como propietarios, o sea el 4.9% del total, y 90.994 fueron censados como no-propietarios, o sea el 95.1% del total, y aunque la publicación advierte que a este dato no debe concedérsele mucho crédito ya que con frecuencia muchas personas se declaran como no propietarios, para negar la existencia de bienes, y pone a título de ejemplo como en una familia de doce miembros sólo aparece el jefe como propietario, la información podría indicar la tendencia —que se hará evidente posteriormente— a la concentración de la riqueza en muy pocas manos en la sociedad salvadoreña.

Así, también el mismo censo nos da la proporción entre patronos y no patronos:

Población total del Municipio	Patronos	No-patronos
95.692	3.689	92.003
100 %	3.9%	96.1 %

que son datos muy cercanos a los anteriores. de todas maneras algo se ha hecho evidente: San Salvador crece aceleradamente de población en las primeras tres décadas de este siglo. Este crecimiento se debe principalmente a un flujo migratorio de las áreas rurales del interior del país. Las razones de este proceso aún están por investigarse, pero para el problema específico que nos ocupa: el surgimiento de los “mesones” como la principal solución habitacional en la capital a partir de esos años, son suficientes los datos para mostrar la agudeza del problema habitacional en San Salvador —agravado por el devastador terremoto que la destruyó prácticamente en el año de 1917— exige el desarrollo acelerado de este “nuevo” tipo de vivienda que marcará profundamente la estructura interna de la capital hasta nuestros días.

Tratemos, por último, de explorar un poco el tipo y desarrollo de actividades que llevaron a una lenta, pero sólida consolidación de la ciudad de San Salvador como capital y primera concentración urbana del país.

Entre 1882 y 1912 como consecuencia de la introducción e implantación de un nuevo tipo de actividad económica, el cultivo del café, se produce en el país un proceso de acelerada concentración de la tierra en pocas manos. Este proceso libera gran cantidad de fuerza de trabajo que es parcialmente absorbida por la producción cafetalera, pero que al contrario de lo que se pensaría no

emigra —al menos en grandes cantidades— hacia las ciudades hasta después de la primera guerra mundial.

Es preciso por tanto, analizar los efectos que este suceso mundial tuvo en la economía del país, en la estructura de clases y en la consolidación de San Salvador como núcleo poblacional principal del país.

Antes de 1914 el valor de las exportaciones de café aumentaron notablemente, de \$3.320.000 en 1901 pasaron a \$99.000.000 en 1914 y su producción representaba el 81% de todas las exportaciones. Como consecuencia del conflicto bélico se produce de 1914 a 1922 una crisis en los precios de este cultivo que es en parte superada incrementando el área destinada al café, esta área es drásticamente incrementada en un período de 15 años; en 1919 se cultivaban 70.000 has. y en 1934 106.000 has., significando el 88% del total de exportaciones.

De esta crisis solamente los grandes propietarios —que todavía no se encontraban totalmente localizados en San Salvador—, (en términos de Wilson, las “élites” estaban radicadas tanto en la capital como en otras ciudades de las principales zonas cafetaleras, particularmente Santa Ana) lograron salir adelante. Los pequeños propietarios productores de café perdieron sus tierras a causa de los altos intereses de los créditos y de la explotación de que eran objeto por parte de los beneficiadores y exportadores de café.

Esto coincidía con el hecho de que la producción cafetalera estaba controlada por exportadores no productores y propietarios de beneficios, que a la vez eran banqueros prominentes.

Esta continua desaparición de la pequeña propiedad, coincide con el agotamiento de la frontera agrícola, y la población así “descampesinizadas” que ya no era absorbida por la producción cafetalera, sumada al crecimiento poblacional obligó a mediados de la década de los años 20 su emigración a las ciudades y fundamentalmente a la ciudad de San Salvador. Señalábamos en el punto anterior que la población de San Salvador crece de 50.304 en 1905 a 89.281 en 1930 y que de esta última el 51% es originaria de otros Municipios. Veamos a que se debe.

Según Everett Alan Wilson antes de 1920 las “élites” urbanas estaban separadas social y geográficamente por: el localismo, orígenes nacionales y niveles de legitimidad social aceptados, que se traducían sino en intereses económicos diferentes, en una competencia económica por obtener los mayo-

res créditos y beneficios de la producción del café. Además esta diferenciación se evidenciaba en el fracaso de San Salvador como ciudad dominante sobre las otras grandes ciudades durante estos años, ya que las principales familias prestaban interés a sus propiedades y actividades en sus comunidades locales más que en la capital.

Según Wilson lo que marcó el ascenso definitivo de San Salvador como capital en la década de los años 20 fue el interés de las élites en los asuntos nacionales. Esto sin embargo, no explica cuáles son las causas reales que provocaron el crecimiento acelerado de la capital. Trataremos a continuación de dar algunas líneas hipotéticas al respecto.

Como decíamos en páginas anteriores, el proceso de creciente descampesinización de la población rural al desaparecer parte de la pequeña propiedad en el período comprendido entre 1914 y 1929, además del rápido crecimiento poblacional del país determinaron que esta población no tuviera más posibilidad que emigrar a las ciudades, al encontrarse el territorio totalmente ocupado por los cultivos comerciales.

La migración interna (principalmente a San Salvador) era evidente. De la población en capacidad de trabajar el 71.3% no era originaria del Municipio, procedía del área rural, razón por la que los trabajadores urbanos se quejaban por la competencia que estos trabajadores rurales representaban.

Además existía a finales de la década de los 20 un gran flujo migratorio hacia otros países del área centroamericana que ofrecían mejores perspectivas, Honduras y Guatemala principalmente. Es conocido que a finales de la década el número de migrantes a Honduras era de doce a setenta mil aproximadamente y que representan el 10% del total de la fuerza de trabajo de ese país (28).

El desarrollo capitalista de la agricultura producido por el café desde 1880 implica una ampliación del mercado interno de productos manufacturados concentrada en la capital principalmente.

Influyen también en la ampliación de este mercado interno, el desarrollo de actividades comerciales —financieras (necesarias a la reproducción del capital) que por ser San Salvador el centro político— administrativo se localizan allí y también la ampliación del aparato burocrático del Estado.

Surgen los llamados por Wilson “grupos medios urbanos” constituídos por profesionales, mecánicos, motoristas, artesanos, empleados públicos,

comerciantes, etc. que se concentraron en la capital y que cobraron importancia durante la década de los años veinte por su capacidad de organización en asociaciones y federaciones de trabajadores. La diversidad de actividades desempeñadas por estos grupos y que ilustran lo anteriormente dicho será analizada posteriormente.

Este crecimiento de actividades es el producto lógico del desarrollo del capital y la concentración de población en San Salvador generó nuevos empleos en manufacturas y principalmente en la burocracia estatal (ampliación de carreteras y construcción de vías férreas...) que incentivó aún más la migración de la población urbana en el campo.

Es importante anotar finalmente que San Salvador a diferencia de Santa Ana que se encontraba también ubicada en una zona cafetalera por excelencia, fue desde su origen el centro político administrativo de las clases gobernantes, razón por la que ya a pesar de todas sus catástrofes permaneció invariable como capital de la República papel que se consolidó a partir de 1920.

Volvamos entonces a nuestro problema específico: el surgimiento y desarrollo del “mesón” como principal solución habitacional para las clases trabajadoras urbanas salvadoreñas.

Es claro que la información anterior sólo nos permite adelantar algunas ideas hipotéticas, pero creemos que esto es necesario para orientar el trabajo futuro. Al respecto podríamos plantear que el rápido crecimiento poblacional de la capital en la segunda y tercera década choca con una estructura habitacional incapaz de absorberla y que la construcción de viviendas en esa época se efectúa a un ritmo lentísimo y dentro de un esquema artesanal que no va acompañado del desarrollo de mecanismos financieros (aunque no hay datos específicos, una rápida revisión de las principales actividades productivas y las expresiones citadas sobre la escasez de vivienda nos permiten plantear lo anterior). Esto obliga a la nueva población urbana a buscar una solución a su problema habitacional, la que se encuentra principalmente en una acelerada transformación de las antiguas casas residenciales de las áreas centrales de la capital, proceso que, por la vía de la renta del suelo urbano expresada en los alquileres cada vez mayores, contribuye a acentuar la concentración de la riqueza en unas pocas familias que son a la vez los grandes propietarios de la tierra rural y urbana, los comercios, el sistema bancario y aún la naciente manufactura.

El paisaje urbano de San Salvador estará así marcado desde esa época por esta “solución”

habitacional que llegará a albergar el 40.5% de la población del Area Metropolitana en 1947, alcan-

zando el 58% en 1975, años en que comienza a ser acompañada por “tugurios” y “colonias ilegales”.

NOTAS

- (1) Compartimos la preocupación Jean Chesneaux *¿Hacemos tabla rasa del pasado? Siglo XXI*, México, 1977/ quien hablando sobre la periodización en la historia dice: “de nuevo, se ha transformado en evidencia lo que no era otra cosa que una técnica de estudio, justificada en ciertos casos únicamente... puede ciertamente ser útil conocer mejor la periodización de tal o cual fenómeno más lejano, pero a condición de que sea en términos que cuenten para nosotros”
- (2) Con el término “mesón”, se conoce en El Salvador al tipo de vivienda equivalente a los “conventillos”, “cuarterías”, de otros países.
- (3) Análisis histórico de un hecho relevante para nuestro momento actual, según los términos de Chesneaux.
- (4) Ver al respecto Christian Palloix: *Travail et Production*, Ed. Maspero, Paris, 1978.
- (5) Que desbordan el nivel económico al incluir funciones de *control social* de sus habitantes.
- (6) Maurice de Périgny: *Les cinq Républiques de l'Amérique Centrale*, éd. Pierre Róger et. cie., Paris, 1912. Este y otros textos de extranjeros aparecen en el libro: *El Salvador de 1840 a 1935*, selección de Rafael Menjívar y Rafael Guidos Véjar, UCA editores, San Salvador, 1978.
- (7) John Baily: *Central América*, Trelawney Saunders, Londres, 1850.
- (8) Everett Alan Wilson: *The crisis of National integration in El Salvador, 1917-1935*, University Microfilms inc. Michigan, 1968.
- (9) Dana G. Munro: *The five Republics of Central America*,. Oxford University Press, Nueva York, 1918.
- (10) Rodolfo Barón Castro: *La Población en El Salvador*, UCA editores, San Salvador, 1978, Libro IV Cap. II.
- (11) Ephraim George Squier: *Notes on Central America, particular states of Honduras and San Salvador*, Nueva York, 1855.
- (12) Manuel Rubio Sánchez: *Historia del añil o xiquilite en Centroamérica*, Ministerio de Educación, San Salvador, 1976.
- (13) David Browning: *El Salvador, la Tierra y el Hombre*, Ministerio de Educación, San Salvador, 1975.
- (14) Ciro Cardoso: “*Historia económica del café en C. A. (Siglo XIX): estudio comparativo*”, en ESTUDIOS SOCIALES CENTROAMERICANOS, No. 10, enero-abril 1975.
- (15) Fred Rippy señala en el libro *British Investment in Latin America, 1822-1949* (University of Minnesota Press, Minneapolis, 1959), que “las inversiones británicas en otras actividades económicas fueron, en su conjunto, difícilmente más rentables que aquellas en ferrocarriles”.
- (16) Todas estas estimaciones son tomadas del libro de Barón Castro.
- (17) Dana G. Munro, obra citada, decía esto en 1918.
- (18) Everett Alan Wilson, obra citada, 1968. Nos apoyaremos en el punto 4, en el Capítulo V del libro de este autor, cuya traducción del inglés ha sido hecha por Sonia Baires.
- (19) El fenómeno de la existencia de “mesones” ya es recogido por el censo de 1929, lo que contribuye a fundamentar nuestras hipótesis planteadas en otro documento.
- (20) E. A. Wilson, obra citada.
- (21) E. A. Wilson, obra citada.
- (22) E. A. Wilson, obra citada.
- (23) E. A. Wilson, obra citada.
- (24) E. A. Wilson, obra citada.
- (25) E. A. Wilson, obra citada.
- (26) E. A. Wilson, obra citada.
- (27) Obra citada.
- (28) E. A. Wilson, obra citada.